

PARTE CUARTA.

PROSODIA.

DE LA CANTIDAD Y EL ACENTO.

Los autores que han escrito de la prosodia española, han observado desde los mas antiguos, que tambien tenemos nosotros sílabas largas y breves, acentuadas ó agudas y graves; y que no es indiferente emplear estas ó las otras, para que el verso conste, siendo preciso que ocupen el sitio que á cada una corresponde (*).

Es indudable que los griegos y los latinos hacian una perfecta distincion entre la cantidad de las sílabas y su acento, pues aquella pende de la mayor ó menor pausa en pronunciarlas, al paso que este consiste en la elevacion ó depresion de la voz. En las lenguas modernas, en que ha desaparecido casi del todo la cantidad, la conservamos en algunas dicciones, pues al decir, *Por qué no ha venido Vd. ? Porque no quise*; no obstante que en ambos *porqués* está el acento en la última, la cantidad del primero es mas larga que la del segundo. Lo propio se advierte en la *e* y *u* de los monosílabos *el* y *tu* en estas frases: *El auxilio que él me prometió; Tú, gran Dios, me sostenias con tu gracia*. Ni cabe duda en que la sílaba *co* es mas breve en *cola*, *cosa* y *cota* que en *concha* y *costa*, y que ha de sonar todavía mas larga en *consta*, *contra* y *costra*. Sin embargo en razon del acento no hai diferencia alguna entre estas dicciones, pues todas lo tienen igualmente agudo sobre la vocal *o*. En las palabras *auspicio*, *inglés* son ciertamente mas largas que la acentuada las otras sílabas, por cuanto es imposible pronunciar ninguna vocal con la detencion necesaria para articular distintamente la consonante que le va

* Se refiere á este lugar la nota O del fin.

unida, y la que acompaña á la otra vocal (á lo que dan los gramáticos el nombre de *posicion*), ni emitir las dos vocales de un diptongo, sin hacer una doble apoyatura en la sílaba. La regla de ser largos todos los diptongos, y tambien las vocales seguidas de dos consonantes en los términos antedichos, no era peculiar de los antiguos, sino que está en la naturaleza misma de la pronunciaci6n.

No pretendo por esto que nosotros distingamos la cantidad del modo perceptible que aquellos; ántes bien opino que son mui imperfectas las ideas que de ella tenemos, y que al leer los versos griegos y latinos, persuadidos de darles la cadencia con arreglo á la cantidad, no hacemos mas que sustituir á esta el acento. Hé aquí explicado naturalmente por qué nuestros poetas han creído de buena fe que hacian hexámetros, pentámetros, sálicos y adónicos, con tal que estuviesen acentuadas, hácia el fin del verso, las sílabas que debian ser largas segun la dimension de los latinos; y quizá si llegáramos á conocer bien lo que era entre ellos la cantidad, no halláramos uno solo cabal de tantos versos de esta clase como nos han trasmitido los poetas castellanos de todos tiempos.

Sin embargo puede afirmarse, que la cantidad de las sílabas pende de la mayor detencion y énfasis con que se pronuncian las vocales; que estas suenan de un modo ménos distinto en las lenguas del norte que en las del mediodía; y que por lo mismo la cantidad ha ido desapareciendo á proporci6n que las últimas se amalgamaron con las lenguas sabias. La griega tenia un modo de apoyarse en las vocales, que se habia debilitado ya mucho en el Lacio, olvidándosele casi de todo punto, luego que las naciones del setentrion, si no introdujeron completamente su idioma en las conquistadas, lograron al ménos que de su lengua y de las hijas de la latina se formasen las que hablan los pueblos meridionales de Europa. Á pesar de tal trastorno, y de haber reemplazado el acento á la cantidad, no ha desaparecido esta tan absolutamente que no nos quede algun vestigio, como lo prueba tambien la siguiente observacion.

Se tiene generalmente la idea de que los antiguos medían sus versos por piés, cuyas sílabas debian ser de una cantidad determinada, y que en los versos que admitian variedad en sus piés, podia resultar mayor número de síla-

bas en uno que en otro; mientras que los modernos están por el contrario atentos al número estricto de las sílabas, sin cuidarse nunca de la mayor ó menor pausa en su pronunciación. Pero poco examen se necesita para conocer, que la mayor parte de los versos de los antiguos, aun de aquellos que admitían variedad en el número de sus sílabas, tenía uno mismo de tiempos; por cuanto el hexámetro, por ejemplo, no pudiendo constar sino de seis pies, ó dactilos ó espondeos, precisamente ha de resultar de 24 tiempos, siendo de cuatro, así el espondeo como el dactilo. Lo propio sucede entre nosotros, pues el verso octosílabo (y lo mismo puede decirse de cualquier otra especie de metro) estará cabal con siete sílabas, si es aguda la última; con ocho, cuando se halla el acento en la penúltima; con nueve, si concluye por esdrújulo; y con diez también, en mi opinión, si el acento está en la cuarta sílaba antes del fin. Pende esto de que el acento tiene que recaer siempre en la penúltima sílaba de las dicciones, porque no es posible que termine la voz por un sonido agudo, sino por uno grave. De modo que en las palabras que acaban por una vocal aguda, hace la voz una especie de compensación duplicándola, á fin de que en la segunda se ejecute la declinación indispensable del tono; y pronunciamos *desden*, *vendrá*, como si estuviera escrito *desdén*, *vendrã*, con el acento circunflejo mas bien que con el agudo. Por el contrario, en los esdrújulos pasamos tan de corrida por la sílaba media entre la acentuada y la última, que no se la percibe, de modo que pronunciamos á *línea*, *máximo*, casi como si estuviera escrito *lina*, *maxmo*. Y aquí se ve cuánto caso hacemos á las veces de la cantidad; pues casi todos nuestros esdrújulos llevan en la penúltima la vocal *i*, esto es, la mas breve de todas, segun sucede en los superlativos, v. g. *altísimo*, *doctísimo*, y en mil otras dicciones, v. g. *cántico*, *solicito*, *útiles*. Siguen á estos en número los que tienen las vocales *e* y *u*, que son también muy tenues, como, *húmedo*, *pábulo*. En general son esdrújulas en castellano las voces tomadas del latín ó del griego, cuya penúltima es breve en dichas lenguas, como, *ángulo*, *árido*, *ávido*, *bálsamo*, *cándido*, *cólera*, *diácono*, *mínimo* é infinitas otras. Nunca vemos por esta razón que lleve la voz el acento en la antepenúltima, si hai inmediata-

mente despues de ella un diptongo ó una vocal seguida de dos consonantes, la primera de las cuales pertenezca á dicha vocal y la otra á la siguiente; lo que seria necesario para que la primera fuese larga por *posición*. En *géometra* y *quintuplo*, por ejemplo, las dos consonantes que preceden á la vocal última, forman sílaba con ella. — Las dicciones que resultan de los afijos añadidos al verbo, v. g. *amáronlo*, *enseñádmela*, aunque pueden emplearse como esdrújulas, no lo son en realidad, sino palabras compuestas de dos, segun se dijo en la regla cuarta de la pág. 8; y léjos de ser la última esencialmente breve, como lo pide el esdrújulo, se oye tanto allí el acento, que los poetas las reputan á veces por palabras agudas. Como tales suenan en los siguientes versos de D. Nicolas Moratin y de Quintana, ó les faltará la acentuación debida:

Palpápolés con amorosas muestras.

(*Las naves de Cortés.*)

Conságralé tu abominable vida.

(*El Pelayo.*)

Y el antiguo romance,

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien,

acaba por esta cuarteta,

Y si por pobre me dejas,
y te mueve el interes,
si has menester lo que valgo
tu esclavo soi, véndemé.

Puede pues afirmarse, que nunca pasamos de corrida ni suprimimos en la pronunciación mas que las sílabas breves, porque lo permiten, y no las largas, que requieren dos tiempos.

Volviendo ya al acento, es claro que se halla siempre en la penúltima, ó que á lo ménos así debemos oirlo en el final de los versos, que es donde se corta necesariamente la respiración, á fin de dar el debido tono á la poesía; pues en el medio, tanto las voces agudas como las esdrújulas, se computan exactamente por el número de sílabas que en realidad tienen.

Segun he dicho arriba, me parece que puede estenderse esta observacion á las palabras que llevan el acento en la cuarta sílaba ántes del fin, porque como la voz se precipita al pronunciar todas las sílabas posteriores al acento, cuando hai mas de una, nos comemos de tal modo las dos sílabas intermedias, que hasta parecen consonantes, palabras que verdaderamente no lo son, á pesar del sumo rigor de la lei de nuestra consonancia. Como no me seria fácil encontrar en nuestros poetas un ejemplo perfectamente adecuado á mi propósito, disimulará el lector que ponga la siguiente cuarteta, que si bien insignificante y de ningún mérito, evidencia en todos sus extremos la doctrina esplicada :

Es cierto que no encontrándosese
Las alhajas que robó,
Sin justicia el rei obró
A la muerte condenándole ;

donde no disuena el verso primero, aunque tiene tres sílabas mas que el segundo, y consonan bien *encontrándosese* y *condenándole*, por mas que se halle en el primero despues del acento la sílaba *se*, que falta en *condenándole*. Con arreglo á estos principios hizo Arriaza á *Altísimo* consonante de *abismo*, cuando dijo en la epístola *Á Próspero*,

Al Querubin rebelde en el *abismo* ;
De Oran temblanbo el conturbado suelo
Al iracundo ceño del *Altísimo*.

Si lo hasta aquí espuesto manifiesta claramente el caso que algunas vezes hacemos de la cantidad, es indudable que lo hacemos siempre del acento, por cuanto nuestro oido no halla el tono y música del verso, sino en aquellos que tienen el acento en tales y tales sílabas, y su armonía y número se aumentan ó disminuyen en proporcion de los acentos con esta ó la otra lei. Oportunamente advirtió Juan de la Cueva en el *Ejemplar poético*, que el poeta ha de ser

Puro en la lengua y propio en los acentos.

Y no solo es necesario que se halle el agudo en determina-

das sílabas, sino que cuando no pide la acentuada una énfasis especial, ó se halla al fin de palabra cuyo significado ó sentido se completa con la siguiente, es decir, que no tiene las condiciones de una sílaba larga, el verso sale lánguido y falto de sonoridad.

Sentada esta nocion general de la cantidad y el acento de las sílabas, enumeraré las dimensiones mas frecuentes de nuestra versificacion, aplicando á cada una los principios que acabo de esponer; pero ántes conviene decir algo

DEL CONSONANTE, DEL ASONANTE Y DEL VERSO LIBRE.

Si bien es verdad que nuestros poetas se hallan mas desbarazados que los latinos por la incertidumbre que hoy tiene la cantidad de las sílabas, se han impuesto en cambio la estrecha traba del *consonante*. Consiste la *consonancia* en que las dicciones postreras de dos ó mas versos tengan unas mismas letras desde la vocal en que se oye el acento. Son segun esto consonantes *heri* y *tahali*, *don* y *mansion*, *templo* y *ejemplo*, *bélica* y *angélica*; y no lo son *observe* y *observé*, *gótico* y *pórtico*. Basta la antedicha regla para buscar los consonantes; pero conviene advertir que no gustan los triviales, como los acabados en *able* y *oso* entre los adjetivos, y los formados por las terminaciones *aba*, *ia*, *are*, *ando*, *endo*, etc. de los verbos; no solo por parecer pobre el poeta que no sabe encontrar otros en nuestra copiosa lengua, sino porque suele acompañar á los tales consonantes una locucion débil, cual es la que resulta de haberse repetido y como desleído el pensamiento bajo diversas formas.

Deseosos los poetas de ahorrarse estas dificultades que los buenos consonantes ofrecen, han adoptado para muchas composiciones una semirima, llamada *asonante*, el cual existe, siempre que dos palabras tienen unas mismas vocales desde la acentuada, debiendo ser diversas las consonantes ó la consonante que haya despues de ella; ó terminando la una dccion por consonante, si la otra por vocal. Son de esta clase *cayó* y *flor*, *cuesta* y *pesa*, *frenético* y *acérrimo*, *álamo* y *tálamos*. Pero en las voces esdrújulas, como se hace tan poco perceptible la penúltima sílaba que no se cuenta siquiera para el número de las que componen

el verso, según antes expliqué, pueden los poetas formar asonancia, con tal que sean unas mismas la vocal última y la acentuada: así es que son asonantes *oráculo* y *máximo*, *décimo* y *benévolo*, *tantas* y *lágrimas*. En las voces que llevan algún diptongo en la sílaba acentuada ó en la última, solo se hace caso de la vocal en que se apoya la voz, según se explicó en la tabla puesta en la página 580 de la Ortografía.

Es sencillo conocer que adoptaron principalmente esta semiconsonancia, que ha llegado á ser del gusto nacional y esclusiva para ciertos géneros, porque les daba mayor anchura que la rima rigurosa, para espresar sus ideas. Nadie se imagine que por ser diversas las consonantes, desaparece la cadencia del verso, pues ya he dicho que nuestra pronunciación hace grande hincapié sobre las vocales y pasa muy de corrida por las consonantes; de modo que si algún extranjero quiere hacer la prueba, no tiene más, para convencerse de lo mucho que nuestra asonancia se acerca al consonante, que oír de un español esta oda de Meléndez:

Siendo yo niño tierno,
con la niña Dorila
me andaba por la selva
cogiendo florecillas,

De que alegres guirnaldas
con gracia peregrina,
para ambos coronarnos,
su mano disponia.

Así en niñez tales
de juegos y delicias
pasábamos felices
las horas y los días.

Con ellos poco á poco
la edad corrió de prisa,
y fué de la inocencia
saltando la malicia.

Yo no sé; mas al verme
Dorila se reía,
y á mí de solo hablarla
también me daba risa.

Luego al darle las flores,
el pecho me latía,
y al ella coronarme,
quedábase embebida.

Una tarde tras esto
vimos dos tortolitas,
que con trémulos picos
se halagaban amigas;

Y de gozo y deleite,
cola y alas caídas,
centellantes sus ojos,
desmayadas gemían.

Alentónos su ejemplo,
y entre honestas caricias
nos contamos turbados
nuestras dulces fatigas;

Y en un punto cual sombra
voló de nuestra vida
la niñez; mas en torno
nos dió el Amor sus dichas.

Más clara se ve la fuerza armónica del asonante en la siguiente cuarteta de Noroña:

Quando yo pensaba
encontrar desvío
en la zagaleja
por quien me hallo herido

Estói seguro de que bien recitados los versos que preceden, creerá cualquier extranjero que hai una perfecta consonancia en los segundos y cuartos de todas las estrofas, particularmente en los de la última. Para el oído español es tan claro el asonante, que nuestros poetas tienen que evitar con el mayor cuidado que se hallen inmediatos, y ménos entrelazados, consonantes de una misma asonancia, pues para nosotros es, hablando en general, defectuosa toda versificación parecida á la de esta quintilla de Iglésias:

Y el Padre soberano
¿A quién dará el divino y santo cargo,
Que con remedio sano
El daño limpie y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?

Se hace reparable que los italianos, que marcan las vocales mas todavía que nosotros, no hayan prohibido la semirima, de que tantas ventajas han resultado á nuestra poesía. Tal vez como no hai en su lengua igual variedad en las terminaciones por razón de las consonantes que pueden componerlas, si no es tan difícil acertar con la rima rigurosa como con el asonante, no es ciertamente tan ancho el campo como en la española. En sola la asonancia de las vocales *ao*, por ejemplo, faltan á los italianos estas terminaciones, *acio* (pues aunque la tienen, la pronuncian como nuestro *acho*), *acto*, *ado*, *agno* (que pronuncian como *año*), *ajo*, *ancio* (que es para ellos *ancho*), *archo* etc. Hai además de esto infinitas dicciones en español terminadas en *d*, *f*, *l*, *s*, *x* y *z*, y ninguna en italiano; lo cual dilata notablemente los límites de nuestra asonancia.

Este inconveniente debe de haberlos retraído de adoptarla, sobre todo haciendo ellos grande uso, no ménos que los ingleses, del verso *suelto*, *libre* ó *blanco*, que no está sujeto ni al consonante, ni á la semirima, sino tansolo al número de las sílabas y á la acentuación. La cual debe ser muy oportuna y esmerada en las composiciones de esta clase, porque como se hallan desnudas de la armonía deslumbradora de la rima, se descubre en ellas cualquiera falta con facilidad, al modo que nuestros ojos advierten el menor descuido en las telas lisas, donde no hai matiz ni colores que sirvan para paliarlo. Conviene igualmente que el verso libre esté nutrido de imágenes robustas y muy poéti-

cas, para que ellas, lo entrelazado de los miembros de un verso con otro (á lo que llaman *enjambement* los franceses, y nosotros *montarse ó cabalgarse los versos*), y mas que todo la diestra colocacion de los acentos, recuerden al lector, que es poesia y no prosa lo que está leyendo. Véanse llenadas todas estas condiciones en el siguiente pasaje de una de las sátiras de Jovellanos :

El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera ¿acaso se forjaron
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y la enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto?
Quién enristrar la ponderosa lanza?

Otro tanto puede decirse de este de D. Leandro Moratin en su epistola *El Filosofastro*.

Y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Racion cumplida para tres prelados
Benedictinos), y en cristal luciente
Agua que serenó barró de Andújar:
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion siuave
De Soconusco, y su dureza pierden.

DE LAS DISTINTAS ESPECIES DE VERSO.

La voz nunca termina por el acento agudo, sino por el grave; y nuestra lengua, para no buscar la compensacion de que he hablado en la pág. 392, prefiere marcarlo en la sílaba penúltima en la mayor parte de las voces, debiéndose mirar como escepcion de la regla general las palabras agudas en la última ó en la antepenúltima. Cuando el verso acaba por una dición que lleva el acento en la penúltima, lo llamamos *llano*; si es la acentuada la postrera, *agudo*; y *esdrújulo*, siempre que está el acento en la tercera sílaba antes del fin de la palabra, en cuyo caso se la denomina tambien *esdrújula*. La diversa situacion del acento en el final del verso, hace variar el número de sus sílabas, pues el *llano* requiere tantas cuantos son los piés de que consta; el *agudo* una ménos, porque duplicamos allí en la

pronunciacion la vocal aguda para proporcionar el descenso necesario á la entonacion, y el *esdrújulo* tiene una mas, y en mi sentir pudiera tener hasta dos, segun lo he notado en la página 394. Seria pues mas exacto denominar á los versos por el número de sus piés, que son invariables, que por el de sus sílabas, y llamar *eptámetro* al *octosílabo*, *decámetro* al *endecasílabo* etc.; pero enemigo constante de embrollar á los que lean mi Gramática, me contento con indicar la utilidad de esta nueva nomenclatura, y continúo usando de la antigua.

Nuestros poetas han empleado versos desde una hasta catorce sílabas, sin que tengan cerrada la puerta para hacerlos de diez y seis ó diez y ocho, con tal que den á su estructura un ritmo agradable al oido. En todos ellos se halla el acento constitutivo en el último pié, ó lo que significa lo mismo, en la penúltima sílaba de las que decimos que componen el verso, cuando este tiene mas de una. Así el de dos sílabas, v. g. *cánto*; *módo*; *seá*, lleva el acento en la primera, y el de tres (*su madre*; *temido*) lo tiene en la segunda.

Estas especies son al presente poco usadas, y solo se valieron de ellas los antiguos como de *piés quebrados*, en composiciones formadas en lo general de metros de mayor dimension. Las que siguen, escepto las tres últimas que tambien han caído en desuso, son las empleadas por los poetas modernos.

Del verso de cuatro sílabas se valió Iriarte para escribir parte de su fábula 51, diciendo :

Señor mío,
de ese brio,
lijeréza

y destréza
no me espánto,
que otro tanto, etc.;

y Don Gabriel de Ciscar lo ha empleado en algunos juguetes, pero mezclado con otros mayores; porque completar una composicion con versos tan cortos, y mas si es en consonantes, debe reputarse como un esfuerzo del arte.

El de cinco sílabas da ya mayores ensanches al poeta, y en él nos ofrecen composiciones muy lindas nuestros *Canzioneros*, no siéndolo ménos la oda de Don Nicolas Moratin, intitulada *Amor aldeano*, que copio entera por ser corta.

Hoi mi Dorisa
se va á la aldea,
pues se recrea
viendo trillar.
Sigola aprisa:
cuantos placéres
Mantua luviéres,
voi á olvidár.

Que ya no quiero
mas dignidades:
las vanidades
me quitó Amór.
Ni fama espero,
ni anhelo á náda;
solo me agráda
ser labradór.

Voi amoroso
para servirla:
quiero seguirla
por donde vá.
Verá el hermoso
trigo amarillo;
luego en el trillo
se sentará.

El *ectasílabo*, ó de seis sílabas, es casi peculiar de las endechas y letrillas, y así son muchas las que Meléndez ha compuesto en este metro. Por citar una de las varias de este poeta que compiten en mérito entre sí, pongo el principio de la intitulada *La flor del Zurguén* (*):

Parád, airecillos,
no inquietos voléis,
que en plácido sueño
reposa mi bien.
Parád, y de rosas
tejedme un dosél,
pues yace dormida
la flor del Zurguén.

Parád, airecillos,
parád y veréis
á aquella que ciego
de amor os canté:
aquella que aflige
mi pecho, crié!l
la gloria del Tórmes,
la flor del Zurguén.

El *eptasílabo* sirve mucho para las anacreónticas y para

* Copio esta letrilla segun se hallaba en la primera edicion de las obras de Meléndez, porque no fueron siempre felices las variaciones que hizo el autor para la de 1820, segun lo apunta Quintana en las págs. 618 y 619 del tomo IV de las *Poetas selectas castellanas*, refiriéndose á la composicion que se cita aqui. Quisiera que esta censura no pudiese aplicarse con justicia á la última revision que hizo de sus comedias D. Leandro Moratín, cuando las publicó en Paris el año de 1825.

Yo iré con élla
y el diestro brazo
en su regázo
reclinare.
La ninfa bella
me dará vida,
agradecida,
viendo mi fé.

De esotros trillos
que estén mas léjos,
los zagalejos
me envidiarán.
Mil Cupidillos,
viendo á la bella,
en torno de élla
revolarán.

Yo alborozádo
con dulces sones
tiernas canciones
la cantaré.
Ni habrá cuidádo,
ni habrá fatiga,
que con mi amiga
no aliviare.

Sus ojos lucéros,
su boca un clavél,
rosa las mejillas,
sus trenzas la red
do diestro Amor sábe
mil almas prender,
si al viento las tiénde
la flor del Zurguén.
Volád á los valles;
velozes traéd
la esencia mas pura
que sus flores dén.
Veréis, zefirillos,
con cuánto placér
respira su aroma
la flor del Zurguén. etc.

toda composicion cantable. Búrgos lo ha empleado para la traduccion de varias odas de Horacio: la 50 del libro primero dice así:

Reina de Pafo y Gnido,
deja á tu Chipre amáda,
y ven do mi adoráda
te llama con fervór:
Do en tu honor encendido
incienso arde oloroso:
contigo venga hermoso
el rapazuelo Amór.

Las Gracias, desceñida
la túnica, tus huéllas
sigan, y marchen de éllas
las Ninfas á la pár:
Y juventud pulida,
si Amor la inflama ardiente,
y Mercurio elocuente
te sigan al altár.

Los versos mencionados hasta aquí tienen todos la comun denominacion de *quebrados*, de *pie quebrado* ó de *redondilla menor*, mientras los que siguen, se llaman *enteros*.

En el de ocho sílabas, ó de *redondilla mayor*, están escritos casi todos nuestros romances y comedias, géneros en que no cedemos la palma á nacion ninguna.

Iriarte ha empleado el de nueve sílabas, que es mui poco usado, en su fábula 14, la cual principia así:

Si querer entender de tódo
Es ridícula presunción,
Servir solo para una cosa
Suele ser falta no menor.

El de diez sílabas, que se emplea comunmente para los himnos, tiene el acento en la nona, y tambien en la tercera y sesta. Si falta en alguna de estas dos, se echa ménos en el canto, y hai que suplirlo artificialmente. Sirva de ejemplo la siguiente estrofa de Beña:

Ocho vézes la cándida luna
Renovó de su fáz los albóres,
Cada vez contra riesgos mayores
Ocho vézes los vió combatir;
Y envidiosa los vió la Fortuna
Su poder arrostrar atrevidos,
Y los vió de su ruéda caidos,
Y su esfuerço no pudo rendir.

El verso de once sílabas ó *endecasílabo*, llamado por los italianos *heroico*, es el mas usado de todos, por cuanto entra en los tercetos, en las octavas, en los sonetos, y generalmente en los versos asonantados y los sueltos que se emplean para la épica y para la tragedia. Es lei indispensable

que tenga, además del acento general constitutivo en la décima sílaba, otro en la sexta, y en defecto de este ha de haberlo en la cuarta y octava, ó *no sonará por manera alguna bien*, como observa el Pinciano en la página 290 de la *Filosofía antigua poética*. Así lo reconoció también Rei de Artieda, cuando en la dedicatoria de sus *Discursos, epístolas y epigramas* dijo: *Imité á Ariosto en algunos versos graves, poniendo el acento principal en la octava sílaba de las once que tiene el endecasílabo, siéndole tan propio y casi necesario tenelle en la sexta*. Se apoya pues la entonación del endecasílabo en el acento de la sílaba céntrica, que es la sexta, ó en los de la cuarta y octava que están equidistantes de los dos extremos, y así no suena como verso este del romance décimo del *Moro espósito*,

5
Cuán grande es la eterna misericordia;

pero lo será si leemos *eternal*, según se corrigió en la fe de erratas de esta obra. Por donde puede comprenderse, que el renglon con que dió principio Iriarte á su *Poema de la música*,

4 8
Las maravillas de aquel arte canto,

no deja de ser verso por carecer de acento la sexta, según pudiera inferirlo alguno de los términos en que se explica Martínez de la Rosa en la página 474 (edición de 1827) del tomo primero. En las obras de este último poeta ocurren muchos versos que lo son, bien que faltos del acento en la sexta sílaba, por tener la otra circunstancia. Tal es el último del canto primero de la *Poética*:

4 8
Proporción, orden, sencillez, belleza,

y este otro del canto III, pág. 52,

4 8
La diestra flauta remedar solía;

y aun me atreveré á decir, que conviene interpolar de tiempo en tiempo algunos versos agudos en la cuarta y la octava con los acentuados en la sexta, para variar el tono

de la composición. La falta de Iriarte consiste en que por hallarse tan pegado el agudo *aquél* con *arte*, no le deja al acento de esta última dicción la prominencia necesaria, y el lector vacila justamente en si la apoyatura de la voz está mas en la sílaba última de *aquel* que en la primera de *arte*. Pruébese nada mas á variarlo así,

Las maravillas de los artes canto,

y desaparecerá el defecto principal de este verso; pues lo de acabar por dos palabras disílabas, aunque conviene evitarlo, es muy frecuente en los poetas de mejor nota.

Son mas sonoros y cadenciosos los endecasílabos á proporción que abundan mas de acentos en las sílabas pares, cuales son los dos que puso Martínez de la Rosa en el canto III, al tratar precisamente de esta materia:

2 4 6 8 10
El eco unir no sabe acorde y blando
2 4 6 8 10
Al son robusto, al número y cadencia;

y estos otros de D. Leandro Moratin,

2 4 8 10
Lijeras danzas y festivos coros.—
2 4 8 10
Allá dirige las hinchadas lonas.

Son todavía mas musicales algunos de los siguientes de Jovellános: en la epístola *Á Don Leandro de Moratin*,

2 4 6 8 10
Funesto nombre, fuente y sola causa;

y en la otra *Á sus amigos de Sevilla*,

2 4 6 8 10
Le causa algun placer al alma mia.—
2 4 6 8 10
Que sobre seca rama nunca el malo.

Así es que no sirven para éste verso las palabras de un gran número de sílabas, porque como cada dicción no tiene por lo regular mas de un acento, no puede evitarse que falte

en alguna de las sílabas en que la medida lo requiere. Por esto Amato Benedicto se vió obligado á decir,

Y tú, maldita,
Que en el verso no cabes, y es preciso
Decir *interpre* á parte de *tativa*.

En muchas Poéticas se prescribe además que la *cesura*, es decir, la pausa que hacemos en medio del endecasílabo, se halle después de la cuarta, quinta, sexta ó séptima sílaba, y que la sexta sea la acentuada, si la cesura cae después de ella. Reglas que tengo por superfluas, no existiendo en mi sentir tal cesura prosódica por las razones que espongo al fin en la nota P.

Los versos de doce sílabas, llamados de *arte mayor*, que tanta fama cobraron desde que los puso en boga Juan de Mena, apenas se usan hoy día, sino cuando nuestros ingenios hacen alarde de reproducir esta antigualla, según lo ejecutó Iriarte en la fábula 59 *El retrato de golilla*, Don Leandro de Moratin en el *Canto al Príncipe de la Paz*, y Arriaza en el *Himno de los guardias de la real persona*. Su estructura es propiamente la de dos versos de seis sílabas juntos, y hai un descanso perfecto en la sexta, donde termina siempre la palabra, de modo que si la quinta es una final aguda, vale por dos, como en este verso de Moratin.

É luego é de sí | vozeros mandó

Y si consta este verso, no obstante que solo tiene diez sílabas, también estaría cabal con catorce, si las voces finales de los dos hemistiquios fuesen esdrújulas, según se advierte en este:

Pasaran las águilas | de Galia los términos.

Por lo que respecta á su acentuación, el Pinciano exige (pág. 287) que quiebre en la quinta, octava y undécima, no reconociendo por versos los que carecen de esta lei; doctrina que refutó Cascáles en la *Tabla* quinta de un modo embrollado y sin fundamento. No hai otra cosa que añadir á lo sentado por el Pinciano, sino que conviene, para que sean numerosos estos versos, que tengan el acento en las segundas de ambos hemistiquios: la octava que el Pin-

ciano señala, es precisamente la segunda del hemistiquio último.

Ménos usados que los versos de doce sílabas son los de trece, de que nos ha dado una muestra Iriarte en la fábula VII, que empieza,

En cierta catedral una campana había
Que solo se tocaba algun solemne día.

Y verdaderamente no pudo escoger metro mas duro, ni mas proporcionado para pintar el son desapacible de la campana.

Con los versos de catorce sílabas, conocidos bajo el nombre de *alejandrinos*, empezó á ensayarse la Musa castellana, pues de ellos se sirvieron el autor del *Poema del Cid*, Berceo, Juan Lorenzo Segura y otros, los cuales eran poco escrupulosos en que sobrasen ó faltasen al verso una ó mas sílabas; á no ser que apelemos á la distinta pronunciaci6n que ellos darian á algunas voces, ó á lo defectuoso de los códices, que es á lo que mas se inclina el erudito D. Tomas Antonio Sánchez. Iriarte que se propuso presentar en sus fábulas una gran variedad de versos, empleó los alejandrinos para la décima, cuyo principio es:

Yo leí no sé dónde, que en la lengua herbolaria
Saludando al tomillo la yerba parietaria, etc.

También los empleó Lista, interpolándolos con los eptasílabos, en el idilio intitulado *El deseo*.

Á todas estas especies de metros deben añadirse las varias tentativas hechas por nuestros escritores desde el tiempo de Bermúdez hasta los actuales, para imitar en castellano el hexámetro y el pentámetro, el asclepiadeo, el sáfico y otros de los latinos; pero en todos sus conatos se advierte lo incierto de nuestra prosodia, y la suma diferencia que hai bajo este respecto entre las lenguas modernas y las antiguas. Si en algo de esto ha acertado la imitacion, es sin disputa en el adónico, porque siendo mui corto, ofrece ménos campo para equivocarse.